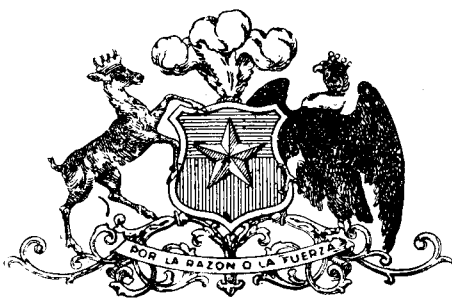


# REPUBLICA DE CHILE



## CAMARA DE DIPUTADOS

LEGISLATURA ORDINARIA

Sesión 3<sup>a</sup>, en miércoles 5 de junio de 1963

(Especial: de 11.15 a 12.43 horas)

---

*PRESIDENCIA DEL SEÑOR MIRANDA, DON HUGO*

*SECRETARIOS, LOS SEÑORES CAÑAS IBAÑEZ Y KAEMPFER*

---

### INDICE GENERAL DE LA SESION

- I.—SUMARIO DEL DEBATE
- II.—SUMARIO DE DOCUMENTOS
- III.—ACTAS DE LAS SESIONES ANTERIORES
- IV.—DOCUMENTOS DE LA CUENTA
- V.—TEXTO DEL DEBATE

**I.—SUMARIO DEL DEBATE**

- |  |     |
|--|-----|
| 1.—La Cámara rinde homenaje póstumo a la memoria de Su Santidad el Papa Juan XXIII . . . . . | 121 |
|--|-----|

**II.—SUMARIO DE DOCUMENTOS**

- |  |     |
|--|-----|
| 1/2.—Oficios del señor Ministro del Trabajo y Previsión Social con los que da respuesta a los que se le remitieron respecto de las siguientes materias:  |     |
| Creación de una Inspectoría del Trabajo en Villarrica . . . . .  | 119 |
| Creación de una Inspectoría del Trabajo en la comuna de Combarbalá . . . . .   | 119 |
| 3.—Moción del señor Almeyda con la que inicia un proyecto de ley que modifica el Decreto Supremo N° 590, de 20 de enero de 1960, que fijó la comisión que los diversos Hipódromos del país deben descontar sobre el monto de las apuestas mutuas y determina los beneficiarios de ella . . . . . | 120 |

### III.—ACTAS DE LAS SESIONES ANTERIORES

No se adoptó acuerdo al respecto.

### IV.—DOCUMENTOS DE LA CUENTA

#### 1.—OFICIO DEL SEÑOR MINISTRO DEL TRABAJO Y PREVISION SOCIAL.

“Nº 477.—Santiago, 4 de junio de 1963.

Por la nota mencionada en la suma, V. E. tuvo a bien darme a conocer la petición que hizo en el seno de esa Honorable Cámara, el Honorable señor Diputado don Salvador Monroy Pinto, en el sentido de representar a este Ministerio la conveniencia de crear una Inspectoría del Trabajo en Villarrica con jurisdicción en Pucón, Curarrehue y otras localidades.

La actual insuficiencia de la Planta del Personal de la Dirección del Trabajo impide, por ahora, acoger la solicitud del señor Diputado, que esta Secretaría de Estado ha recibido en múltiples ocasiones de diversos círculos de la Provincia de Cautín.

Con el propósito de acoger las representaciones formuladas y de solucionar de manera integral el problema general que deriva de la escasez de funcionarios inspectivos en los Servicios del Trabajo, este Ministerio ha redactado un proyecto de ley que aumenta la dotación, estructura en mejor forma los Servicios y otorga a los funcionarios un mejoramiento en sus rentas.

La aprobación de dicho proyecto, que el Ejecutivo tendrá la honra de someter a la consideración del Honorable Congreso Nacional dentro de poco, permitirá a este Ministerio atender a la petición del Honorable Diputado señor Monroy Pinto y demás que le han sido formuladas sobre la materia en múltiples oportunidades.

Saluda atentamente a V. E.—(Fdo.):  
*Hugo Gálvez Gajardo*”.

#### 2.—OFICIO DEL SEÑOR MINISTRO DEL TRABAJO Y PREVISION SOCIAL

“Nº 476.—Santiago, 4 de junio de 1963.

Me es grato dar respuesta a la nota del rubro, por medio de la cual V. E. tuvo a bien darme a conocer la petición que formuló en el seno de esa Honorable Corporación el Honorable Diputado señor Cipriano Pontigo Urrutia, en orden a pedir a este Ministerio que arbitre las medidas necesarias para crear, con carácter permanente, una Inspectoría del Trabajo en la comuna de Combarbalá.

La solicitud del Honorable señor Diputado incide en un problema que afecta de manera general a los Servicios del Trabajo de todo el país, en razón de la insuficiente planta del personal de que adolece en la actualidad y de la falta de medios para la atención normal de sus funciones.

Es por tal razón que este Ministerio, empeñado en solucionar con efectividad y rapidez dicho problema, ha elaborado un proyecto de ley que consulta una mayor dotación de Inspectores del Trabajo, una mejor estructura y distribución del personal y un mejoramiento de las rentas de los funcionarios, medidas todas que harán posible obtener más expedición en las labores inspectivas y dotar convenientemente de personal a todas las localidades y centros de trabajo que requieren de estos Servicios.

Mucho agradeceré a V. E. hacer saber al Honorable Diputado señor Pontigo Urrutia que, por las razones indicadas, en la actualidad no es posible acoger su solicitud, pero que, tan pronto como el proyecto en referencia, que se enviará en breve al Honorable Congreso Nacional quede despachado, este Ministerio procurará preferentemente de velar por que se destaquen funcionarios del Trabajo residentes, en todos los sitios que se justifiquen, teniendo en cuenta las peticiones que al efecto se han formulado.

Saluda atentamente a V. E.—(Fdo.):  
*Hugo Gálvez Gajardo*”.

## 3.—MOCION DEL SEÑOR ALMEYDA

Honorable Cámara:

El Decreto del Ministerio de Hacienda N° 590, dictado en virtud de las atribuciones conferidas al Ejecutivo por la ley N° 13.305 fija la comisión que los diversos hipódromos del país deben descontar sobre el monto de las apuestas mutuas que se realizan en ellos y determina quienes son los beneficiarios a quienes procede distribuir la referida comisión.

Entre estos beneficiarios, el decreto mencionado señala en lugar destacado a los propios gremios hípicos, a través principalmente de sus institutos de previsión. La comisión que los hipódromos deben descontar del monto de las apuestas en favor de los beneficiarios, al tenor del referido decreto, asciende al 26% y la cuota que les corresponde a los gremios hípicos como tales beneficiarios se fija en un 6,70% para los hipódromos de Santiago, en un 8% para el Valparaíso Sporting Club y en un 4,5% para los demás hipódromos del país.

Ahora bien, el artículo 10 del decreto 590 a que nos estamos refiriendo, dispone que cuando los hipódromos no alcanzan a solventar los gastos que demande el servicio de apuestas mutuas con las cuotas que como beneficiarios también les corresponde a estos hipódromos según lo determina el mismo decreto, el exceso de gastos debe ser prorrateado entre el resto de los beneficiarios de la ley en proporción a sus participaciones. Resulta así que los gremios hípicos son injustamente perjudicados en sus beneficios cuando, como ocurre normalmente, los hipódromos sostienen no poder financiar el servicio de apuestas mutuas, incluso con el porcentaje que para estos efectos les asigna el decreto 590 en calidad de beneficiarios.

Resalta claramente la injusticia e inconsecuencia que existe al hacer recaer sobre los propios gremios hípicos, restringiéndoles en sus beneficios previsionales, la responsabilidad de contribuir al finan-

ciamiento del exceso de gastos en el servicio de apuestas mutuas. Se comprende que a ello deben contribuir los beneficiarios ajenos a la actividad hípica, que por lo demás recibe el grueso de las comisiones, pero no se justifica que en la misma situación se coloque a los trabajadores hípicos, que deben contar con un régimen de remuneraciones y de previsión estable y determinado y no quedar sujetos a contingencias del todo ajenas a su gestión profesional. Por otra parte, como la mayor parte de las comisiones se distribuyen entre beneficiarios ajenos a la actividad hípica, en muy poco se perjudicarían éstos al tener la exclusiva responsabilidad de financiar con sus beneficios el exceso de gastos de las apuestas mutuas y, por el contrario, en mucho se perjudican los gremios hípicos al tener injustamente que concurrir con sus beneficios por este concepto, que influyen determinadamente en el monto de sus garantías, a dicho financiamiento.

Por las razones expuestas y con el fin de corregir derechamente la injusticia contenida en el sistema de distribución de la comisión por apuestas mutuas, vengo en presentar el siguiente

Proyecto de ley:

*“Artículo único.*—Modifícase el artículo 10 del decreto 590, de 20 de enero de 1960 del Ministerio de Hacienda, dictado en virtud del artículo 233 de la ley N° 13.305, de 6 de abril de 1959, que concedió facultades extraordinarias al Presidente de la República, en el sentido de agregar un inciso final al artículo 10 que exprese: “Para los efectos de este artículo no se considerarán beneficiarios de la ley las personas naturales o jurídicas que perciban la cuota de la comisión sobre apuestas mutuas, señaladas en los números 3, del artículo 2°; 3, del artículo 5° y artículo 8° del presente decreto, a las que expresamente se refieren los números 3 del artículo 3° y 3 del artículo 6°”.

(Fdo.): *Clodomiro Almeyda M.*

## V.—TEXTO DEL DEBATE

—*Se abrió la sesión a las 11 horas y 15 minutos.*

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—En el nombre de Dios, se abre la sesión.

Se va a dar la Cuenta.

—*El señor Prosecretario da cuenta de los asuntos llegados a Secretaría.*

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—Terminada la Cuenta.

### 1.—HOMENAJE A LA MEMORIA DE SU SANTIDAD EL PAPA JUAN XXIII RECIENTEMENTE FALLECIDO

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—La presente sesión tiene por objeto rendir homenaje a la memoria de Su Santidad el Papa Juan XXIII, recientemente fallecido.

Tiene la palabra la Honorable señora Campusano.

La señora CAMPUSANO (poniéndose de pie).—Honorable Cámara, siendo la muerte una ley natural de la vida, no debiera sorprendernos. Sin embargo, casi siempre nos asombra y nos golpea por dentro.

El fallecimiento del Papa Juan XXIII no podía coger desprevenido a nadie, porque su deceso se esperaba por todos, como un hecho fatal, a partir de su dramática, larga y porfiada agonía. El lunes, al caer la noche sobre Roma, su esforzado corazón campesino dejó de latir, en medio del suspenso del mundo. Más que sorpresa, hubo pena y consternación entre gentes de todos los credos. También los ateos se sintieron sobrecogidos por el fin de un varón eminente, que hizo bien a la humanidad en su afán de paz en la tierra entre todos los hombres de buena voluntad.

Los comunistas nos descubrimos respetuosos ante su obra y su memoria.

Este Pontífice tiene ante la historia contemporánea un mérito considerable: haber comprendido, por encima de ante-

ojeras y limitaciones tenaces que se había pretendido elevar punto menos que a la categoría de dogmas, que la paz entre las naciones y en todo el orbe presupone la coexistencia pacífica entre los dos regímenes que actualmente hay sobre la faz de la tierra, el capitalismo y el socialismo.

Entendió también, con resuelta clarividencia, que una tercera guerra mundial, de naturaleza atómica termonuclear, significaría un terrible holocausto, no sólo de ejércitos, sino de pueblos y países enteros, cuyo precio sería pagado también con crueles mutilaciones por las generaciones venideras. Recogió el clamor de las madres, de los sabios, de todo el género humano, ansioso de sobrevivir libre de temor y de zozobras.

Es difícil que en otra época de la historia, más conturbada y llena de conflictos que la presente, cuando las masas irrumpen en toda la tierra reclamando un mundo de paz, de entendimiento y de justicia, haya tenido la Iglesia al frente suyo un Papa más extraordinario que Juan XXIII, que haya gravitado de una manera más positiva en los acontecimientos contemporáneos.

Por eso no puede dejar atónito a nadie el hecho de que los comunistas saluden su recuerdo y valoricen su legado pacifista. Así lo han hecho Jruschov, quien en cable dirigido al Vaticano durante la agonía del Papa, manifestaba: "Su repentina enfermedad nos ha causado seria ansiedad", y expresaba sus deseos por el "restablecimiento del Pontífice y la subsiguiente continuación de su fructífera actividad por el fortalecimiento de la paz y la colaboración pacífica entre los pueblos"; como también el periódico "l'Unità", órgano del Partido Comunista Italiano, que decía en reciente editorial: "El hombre que ha sabido cómo hablar a los corazones de los hombres de diferentes credos y de distintas convicciones políticas con acento paternal. El hombre que ha predicado la paz y la amistad entre los pueblos y los Estados y por esto ha lu-

chado, recibe así, en las terribles horas de su final, el más natural homenaje de simpatía y afecto"; y como el Secretario General de nuestro Partido, el camarada Luis Corvalán, que en entrevista concedida a la Revista "Ercilla" de hoy, señaló: "Aunque nuestras concepciones del mundo y de la humanidad son diferentes, los comunistas reconocemos en el Papa Juan XXIII, en ese hijo de campesinos pobres que llegó a ocupar la más alta dignidad de su iglesia, la virtud de comprender que la humanidad está enfrentada al gravísimo peligro de una guerra termónuclear y que la tarea más importante de todos los hombres es preservar la paz". Y agregaba: "...la distancia ideológica que separa al Papa de un comunista no me priva de expresar mi reconocimiento por éste su aporte a la causa de la paz y, al mismo tiempo, mis sentimientos de pesar por su fallecimiento".

Naturalmente, nosotros no podemos, no debemos ni queremos interferir en nada en la vida ni el gobierno de las jerarquías eclesiásticas, porque no nos corresponde. Pero hay algo que nadie puede pasar por alto. Creemos que el Papa Juan XXIII no vivió, ni actuó ni murió en vano. Dejó un legado, una actitud, un nuevo estilo. Señaló un camino, el camino de la iglesia como fuerza que debe contribuir a la paz entre las Naciones. Su actitud serena llamando a la cordura en los días de la crisis del Caribe, en octubre pasado, cuando el mundo se balanceaba con un pie en el abismo, es ejemplar.

Si todos, católicos y no católicos, han sentido su muerte como un acontecimiento doloroso para la Humanidad, es porque creen que el camino trazado por el Papa Juan XXIII ha de continuar abierto. ¡Ojalá su ejemplo siga iluminando la obra de su sucesor! Esperamos que el espíritu de la encíclica "Pacem in Terris" inspire la acción cotidiana de los católicos en política, ya que así se puede promover en nuestro país una colaboración abierta de católicos y no católicos en favor de la causa más noble y esencial, cual

es la defensa de la paz; dejando también abierta la puerta a fin de que esta colaboración se extienda a otros objetivos de trascendencia humana, entre los cuales puede y debe figurar, en nuestro caso, la remoción de los obstáculos para una vigorosa renovación democrática.

Nosotros, los parlamentarios comunistas, creemos que eso sería altamente favorable, ya que responde a las más sentidas aspiraciones de nuestro pueblo.

Por eso, deseamos que el Papa Juan XXIII, el Papa de la Paz, descanse en paz y que su obra y su ejemplo no cesen de animar la acción de católicos y no católicos.

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).— Tiene la palabra el Honorable señor Oyarzún.

El señor OYARZUN (poniéndose de pie).— Señor Presidente, Angelo Giuseppe Roncalli, el más humilde y el más digno representante de Dios aquí en la tierra ha muerto, y las voces de toda la Humanidad, desde las más encumbradas regiones del materialismo reinante hasta el más desposeído de la fortuna, se alzan como un cántico de Amor, de Fe y de Esperanza, para pedir al Divino Maestro, con la más honda sinceridad del alma, que le dé el mejor lugar que tiene en su mansión celeste, para ubicar a los hombres buenos...

"Parto —dijo al morir— para otra Patria, donde se habla un solo lenguaje: El del amor". Y estas palabras, Honorable colegas, que anunciaban la fatídica noticia, quedaron flotando en la angustia universal y cabalgaron en unos cuantos segundos por la columna vertebral de todos los pueblos del mundo, oprimiendo y acongojando el alma popular.

Pero si es verdad que físicamente ha desaparecido el Pontífice de la Paz, su figura, su recuerdo y sus enseñanzas quedarán por toda la eternidad en el corazón de los hombres y las mujeres de la tierra.

Desde todos los ángulos y en todos los tonos, se ha hablado de la muerte del santo varón, que ha puesto un crespón negro

en el corazón del mundo; pero nunca se dirá lo suficiente de este humildísimo campesino italiano, que llegó a ser, por sus dotes espirituales, su bondad y su ternura, el Vicario de Cristo.

No hay ejemplo en este siglo de una mayor irradiación espiritual, en su breve pontificado de poco más de cuatro años.

Su muerte nos recuerda y acerca más a la figura del Buen Pastor, del dulce Maestro que, con tanta humildad y ternura, recorrió, hace más de mil años, los polvorientos caminos de Galilea, predicando el Amor entre los Hombres... Y lo mismo que Aquél, expiró sufriendo conscientemente y ofreciendo su vida por su Pueblo...

Porque no debemos negar que fueron dos las ideas que hicieron carne en su espíritu: "la Justicia Social" y "la Paz entre los Hombres". Y todos los actos de su vida se inspiraron en aquellas hermosas palabras del Divino Maestro, que el mundo, lamentablemente, ha olvidado: "Porque tuve hambre y me dísteis de comer; tuve sed y me dísteis de beber; peregriné y me acogisteis; estaba desnudo y me vestisteis; enfermo y me visitasteis; preso y vinisteis a verme, vosotros tomaréis posesión de mi Reino".

Por eso, Honorables colegas, porque el espíritu de Cristo se adentró en el espíritu de este Pontífice de la Paz y de la Fraternidad Humana, es que sus ojos no sólo se limitaron a mirar el mundo de occidente, sino también el otro: el de oriente. Y su imaginación, su vista y su pensamiento y todo su ser, su espíritu y su corazón, estuvieron presentes en todos los rincones del mundo; en el Africa, en la China, en la América nuestra, en la del Norte y del Centro, en las estepas rusas, en la rubia Albión; en fin, en todas las latitudes, para predicar el evangelio de Dios, humanizar a la Iglesia, haciéndola más accesible a los hombres, y hacer comprender a los de arriba que hay que mirar con un poco más de Amor y de Justicia a los de abajo. Su dulzura y su bondad inagotables y su

constante prédica de amor por los humildes, han hecho comprender en toda la redondez del mundo, que ha llegado la hora de la reivindicación de los desamparados y de los desposeídos.

Juan XXIII, el Papa de la Paz y de la Fraternidad Humana, y arquitecto brillante de una Iglesia moderna, comprendió, desde el primer instante de su administración pontificia, que las gentes, así como no pueden "vivir sólo de pan", tampoco pueden vivir de promesas ni de meras palabras de piedad.

Con su prédica diaria de Amor y de bondad, de comprensión y de caridad, trató de acercar más el Hombre al Hombre, y fustigó con palabras de fuego a aquellos malos cristianos —haciéndolos meditar profundamente— a esa avara casta de dirigentes que, por siglos, se ha parapetado tras los altares para explotar a los humildes, a aquellos hombres y mujeres de mi pueblo que, con tanta dignidad y patriotismo, soportando muchas veces la injusticia, bebiéndose las lágrimas de una contenida rebeldía, cumplen como nadie la sentencia bíblica: "Ganarás el pan con el sudor de tu frente".

Honorables colegas, ahora que todos los hombres y las mujeres del mundo, en una u otra forma, recuerdan con el alma apretada por la angustia, el paso del santo varón por estas tierras de Dios; ahora que moros y cristianos le recuerdan con pena y con cariño; ahora que yacen mudas las campanas de Roma y del mundo entero; ahora que las almas todas se arrodillan frente a la muerte inexorable que nos ha arrebatado el Santo Padre Espiritual; ahora que esta Cámara hace un alto en su diaria labor para rendir un homenaje a quien lo entregó todo por el pueblo; yo levanto mi voz, en nombre del Partido Democrático Nacional, para hacer votos fervorosos porque aquellos que tanto tienen, vacien un poco de comprensión y generosidad hacia los que no tienen nada.

El Partido Democrático Nacional estima que la mejor manera de venerar al que

fuera el Papa de la Paz y de la Fraternidad Humana, es predicar con el ejemplo, a fin de que no ocurra el desaguisado de que mientras los días domingos y festivos se va a la Iglesia a adorar a Dios y a golpear el pecho, el resto de la semana se camina del brazo con el diablo.

Porque no otra cosa significa, por ejemplo, explotar al campesino y al obrero; no cumplir con las leyes vigentes en orden a pagar a los empleados lo que legítimamente les corresponde; "quedarse" con las imposiciones y dar salarios de hambre a sus trabajadores.

El PADENA, por mi intermedio, hace votos porque las enseñanzas y la actitud de siempre de este Hombre Bueno que se fue, perduren por toda la eternidad, para que así entonces la Iglesia, como lo dijera con tanto acierto un senador de la República, "manteniéndose al margen de las contingencias de la política diaria, sea un factor de Paz entre los Hombres..."

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Subercaseaux.

El señor SUBERCASEAUX (Poniéndose de pie).

"No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal".

San Juan.—Capítulo XVII, versículo 15.

La palabra densa del pasaje evangélico, sintetiza con propiedad la misión ecuménica del Pontificado de Juan XXIII, conductor de almas y de pueblos en un siglo contradictorio y paradójico.

Mucho antes los hechos históricos estuvieron mágicamente entrelazados en torno a una unidad esencial. Los más crueles y terminantes antagonismos reconocían una sujeción a un ordenamiento superior, aceptado con consciente resignación por quienes se sentían miembros integrantes de un Todo y no navegantes solitarios en un mar sin retorno.

No tardó por desgracia el hombre en convertirse en esto último. Erigidos los individualismos de todo orden, la Fe fue substituída por las idolatrías, la humani-

dad perdió todo sentido de límite y la personalidad fue avasallada en el nombre de la razón, del progresismo o del hombre superior.

Civilización petulante fue la del siglo XIX que se propuso alcanzar todas las cimas inverosímiles y desnaturalizadas que el hombre rebelado concibiera en su febril soberbia.

Toda unidad se quebró, la armonía se desmintió, la colaboración se desechó. Surgió entonces el culto a las diferencias. De las razas entre sí, de los pueblos, de los grupos sociales, doctrinas predicadoras de la muerte rápida elevaron estas diferencias a la categoría de dogmas. "Homo sum homine lupus".

La Iglesia enfrentó valerosa a la marejada con su palabra de unidad y de conciliación. Pero la agresividad y los prejuicios la envolvieron en una densa túnica de incomprensión y de olvido.

La experiencia debía aproximarse a su fracaso aún mucho más, para que los pueblos desesperanzados, en un último recurso, se aferraran a la Autoridad Pontifical.

Después del largo período de borrascos embates de pretensiones encontradas, la humanidad, cual la barca de Ulises, penetró en un mar cubierto de espesa niebla. "La Humanidad deambula balbuceante como un ebrio o como un niño", describe crudamente un filósofo alemán. Es el desvarío, el escepticismo, la desesperanza.

Epoca diferente la nuestra. A nadie puede imponérsele un cartabón. Hay científicos que son poetas, revolucionarios que son místicos, millonarios que son filántropos, disolutos y presentistas que tienen gestos de desprendimiento increíbles, ateos angustiados que persiguen la idea de Dios con mayor ahinco que aquel peregrino descalzo que gastó su vida recorriendo el camino de Roma.

La civilización alcanza el pináculo de la investigación técnica, pero en su avance descubre nuevos abismos misteriosos que la estremecen.

Lucidez en la oscuridad, oscuridad en la lucidez. Diapasón del momento contemporáneo. Vida y energía que se despilfarra por falta de comprensión y de entendimiento.

Pero es la misión de Cristiandad recoger al hombre desarmado o desamparado, sin inquirir acerca de su propia responsabilidad en el estado en que se encuentra.

La maravillosa parábola del Buen Samaritano que anunció tantas actitudes concordantes de la Iglesia de todos los tiempos, fue también epifanía de aquel modesto hijo de campesinos que ya era el Cardenal Roncalli. No vino de Samaria, pero tampoco de la Roma de los Césares.

Hombre del pueblo italiano, fue por lo mismo del pueblo europeo, hombre de todos los pueblos. Comprendió que la Iglesia debía ser de todos y para todos y abrió las puertas de par en par, para que su Verdad se irradiara hasta los más apartados confines. Escuchó todos los clamores y en todas partes dejó oír su voz.

Al aceptar su alta investidura citó a San Lucas, Capítulo III, versículo 4 a 6:

“Una voz clama en el desierto  
Preparad los caminos del Señor  
enderezad sus sendas  
todo valle sea terraplenado  
todo monte y cerro allanado:  
Los caminos torcidos serán enderezados  
y los escabrosos igualados  
Y verán todos los hombres la salvación  
que viene de Dios”.

¿Se pudo prologar una actuación de tanta trascendencia con invocación más acertada?

En la hora de todas las razas y de todos los pueblos, en la hora de la comunidad de naciones, en el momento de la unidad tan ansiada, la Iglesia sería la primera en dictar su cátedra autorizada “Mater et Magistra” y después, “Pacem in Terris”. Síntesis, verídica y profunda que engarza al hombre con su destino sobrenatural en una clara mención de deberes y derechos temporales. Estas En-

cíclicas lo reconducen hacia un sentido de comunidad pero consciente y libremente, con la dignidad de quien es dueño de cada uno de sus actos.

Pero es en el significado ecuménico de la Iglesia Universal que atraviesa todas las barreras donde la obra de Juan XXIII adquiere su máxima significación.

La Palabra Divina no es tan sólo patrimonio de los elegidos. La Fe en la Redención sobrepasa todos los prejuicios. No únicamente los raciales o nacionales. En el plano íntimo de las creencias o de las conductas hurga y descubre razones verídicas bajo apariencias condenables. En el más acérrimo de los incrédulos se denuncia un instante de vacilación. Aún la más abyecta ramera es capaz de sorprendernos en un sublime gesto de arrepentimiento. Max Sheler pondera aquéllas que él llama “movilidad vital del pecador”.

Y este Papa del mundo nuestro, que hoy despedimos con lágrimas en los ojos, reafirmó invariable y rotundamente todos los valores, divinos y humanos, de la vida. Comprendió mejor que nadie que el hombre sólo podría ser orientado de acuerdo con su naturaleza. Nunca pensó en sustraerlo de sus afanes terrenales que le permiten transcribir todos los dones de su espíritu. Por el contrario, lo alentó a proseguir por el sendero de su brega positiva, como parte integrante de su destino sobrenatural.

También dijo una vez, el Pontífice: “Soy un cristiano de los bosques”. Frase expresiva tan neta y auténtica como aquella otra de “me llamaré Juan”. Simplicidad sobrecogedora que vuela anhelosa en busca de las fuentes, allí donde se conservan las palabras intactas y las enseñanzas primeras. El Cristianismo busca la pureza no sólo en la virtud sino que en cualesquier manifestación de la existencia. Lucha por tanto contra ese simbolismo vacío y artificioso por el cual tantos genios extraviaron el camino y tantos hombres derramaron su sangre.

En ella no está solo. Por el contrario, falange de poetas, escritores y filósofos

han planteado el retorno a lo auténtico, a la armonía del ser con el mundo que lo rodea. Holderlin clamó por "volver a lo que la Naturaleza fue". Lo natural en un momento de definiciones absolutas es también lo cristiano, porque constituye expresión no mediatizada de la Creación.

La obra maestra del Concilio vendría a consagrar la línea adoptada por el Jefe de la Iglesia. La Religión se iba a constituir una vez más en el frontispicio de todos los anhelos y propósitos del mundo contemporáneo. La semilla podría ser esparcida por doquier en la confianza de que había de caer en tierra segura, fecundada por el dolor y el hastío.

Los frutos no se dejaron esperar. Del espectáculo emocionante de ver hermanados en el dolor a todos los credos, a todas las ideologías, pueblos del más variado origen y, sin ir más lejos, al ver aquí en nuestro Hemiciclo chileno a todas las corrientes políticas reunidas en torno a su memoria, se puede pensar sólo una cosa. Que estamos ante el testimonio patente de una de las más grandes victorias morales de nuestro tiempo.

Homenaje al valor indiscutido del pensamiento que supo conducir a su Iglesia por sendero difícil, con mano segura. Admiración por el líder de breve pero fecunda trayectoria que nos ha legado la imagen imperecedera de sus lecciones y de sus ejemplos. Gratitud por quien fuera intérprete de los más escondidos anhelos y pudo iluminar la ciénaga con un rayo de esperanza.

Al dejarnos mitiga nuestra tristeza una indefinible sensación de sentirnos una vez más situados en el camino hacia la Verdadera Vida.

Así podremos decir como Michele Sciacca:

"El día nuevo ha comenzado". "Tengo las flores que nunca he cogido. Hoy la lucha será más dura que ayer."

He dicho.

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Almeyda.

El señor ALMEYDA (poniéndose de pie).— Señor Presidente: nos asociamos hoy día los Diputados Socialistas a la congoja universal que aflige al mundo por el fallecimiento del Papa Juan XXIII. Y lo hacemos con sinceridad y dolor, porque la venerable figura del Pontífice representó en este mundo, dividido y en crisis, contra cuyos males orgánicos luchamos con desnudo los integrantes del movimiento popular revolucionario, una contribución inestable y valiosa para la causa de la Paz entre las naciones, del Amor entre los hombres y de la Justicia para los pueblos.

Colocado aparentemente Juan XXIII por encima de las querellas terrenales, sufrió sin embargo intensamente sus estragos y sus dolorosas consecuencias y, sin violentar su condición de Jefe de la Iglesia Católica, movido por su ambición de paz y de amor, colocó todo el peso de su influencia en la tierra en pro de la causa de la comprensión universal construida sobre el cimiento firme de la Justicia.

Hijo de humildes campesinos de un lejano rincón del norte de Italia, su contacto directo con las grandezas y miserias de la vida del hombre común lo impregnaron para siempre de un profundo sentido humano, que reflejaron cada uno de los actos de su vida, cada uno de los gestos de su rostro, cada uno de las miradas de su espíritu. Obligado por las circunstancias a dirigir en momentos difíciles para el mundo a una institución como la Iglesia, que tiende a verse arrastrada por la influencia de los poderosos al campo de las querellas humanas con una orientación conservadora, el Papa Juan XXIII supo mirar más allá de la hora inmediata y fijar sus ojos en el porvenir del hombre, sobreponiéndose a halagos y presiones.

Supo ser en verdad pastor de almas y adelantado del futuro.

Rompiendo precedentes y desafiando los prejuicios, intentó crear un clima de entendimiento con los países del mundo socialista. Su entrevista con el yerno del Primer Ministro Krushov abrió todo un camino de comprensión entre la Iglesia y

las nuevas realidades del mundo contemporáneo que significa una importante contribución a la fraternidad universal. Sus iniciativas para regularizar la situación de la Iglesia en los países del Este demuestra también su amplio espíritu de paz y su ansia vital de encontrar una justa ecuación para hacer menos doloroso el tránsito de esta caduca sociedad en que vivimos hacia otras y nuevas formas de convivencia humana.

Consciente del carácter ecuménico de la Institución Apostólica, trató de acercar al catolicismo con las otras grandes corrientes de la cristiandad, intentando con audacia, que revela la clara penetración de su espíritu y la fuerza de sus convicciones, superar las diferencias y antagonismos que desde hace siglos separan y dividen a católicos de protestantes y ortodoxos. Su iniciativa de reunir a todos los cristianos, demuestra también cómo la calidad de su espíritu le permitía trascender la limitada visión histórica de aquellos que no alcanzan a elevarse por sobre el momento en que viven, y sucumben ahogados por el peso de las tradiciones vetustas, de los prejuicios ancestrales y de los resquemores seculares.

Quiso también el Papa renovar a la Iglesia por dentro, en su estructura y en sus métodos de acción. A ello estaba dirigida la convocatoria al Segundo Concilio Vaticano, que hubo de interrumpirse largamente, en parte debido a las propias dolencias del Pontífice. La convivencia estrecha que su propia calidad de labriego le obligó a mantener con el mísero sector de los trabajadores, lo llevó a dirigir al mundo católico su famosa Encíclica "Mater et Magistra", en la que insiste con renovados bríos en señalar el carácter inhumano de la sociedad capitalista y en apuntar hacia nuevas formas de existencia colectiva.

Su larga experiencia que, como Nuncio Papal, adquirió durante su permanencia en varias e importantes capitales europeas, en los difíciles años de la guerra y la post guerra, lo llevaron a compe-

netrarse de la perentoria exigencia de paz que surge impetuosa de la entraña de los pueblos azotados por las conflagraciones recientes. Su último mensaje a los católicos y al mundo, su Encíclica "Paz en la Tierra", traduce los viriles anhelos de su espíritu por lograr la fraternidad universal, enraizada en la Justicia y fecundada por el Amor.

Se comprende así, que la muerte de un hombre de tal envergadura humana, haya alcanzado el carácter de duelo universal. Católicos y no católicos lloran en estos momentos la pérdida de una expresión cumbre del espíritu humano, que unía, en síntesis maravillosa, la modestia de su rostro a la profundidad de su pensamiento, la dulzura de sus gestos, con la trascendencia de sus actos, la humildad de su vida con la grandeza de sus aspiraciones.

Para nosotros, los socialistas, combatientes resueltos en esta tierra contra las fuerzas que desencadenan y provocan la miseria y las guerras, que mantienen ajeno al hombre a los grandes valores de la Justicia y de la Paz, el deceso de alguien que luchó por esos mismos objetivos, con consecuencia, con valentía y con pasión, aunque desde otra trinchera de la nuestra, nos lleva también a sentirnos sinceros partícipes del sentimiento universal, que en todas las latitudes del mundo se experimenta hoy por el fallecimiento de Juan XXIII. Su ejemplo ha podido encender la fe en las valiosas reservas espirituales que se esconden en el seno del hombre, y que nosotros trabajamos por desplegar, desatándola de lo más hondo del corazón de los humildes y de los pobres, para ponerlas al servicio de la gran causa de la liberación y engrandecimiento de la comunidad humana.

Juan XXIII fue un hombre del pueblo. El destino quiso que él pudiera realizar las potencialidades de su espíritu, y que el brillo de su obra conmoviera a todo el planeta en universal unanimidad. Nosotros queremos que desde el fondo de cientos de millones de seres humanos, tan pobres y tan anónimos como fue Angelo

Roncalli al nacer, emerja algún día la misma riqueza espiritual que desparramó por el mundo Juan XXIII, y que hoy una sociedad injusta, anarquizada y belicista, mantiene escondida y latente, esperando la hora de su florecimiento integral.

Señor Presidente y Honorable Cámara: hoy día todo el mundo está de duelo por que ha muerto un Príncipe de la Paz y un Apóstol de la Justicia. Ello demuestra que el hombre es capaz de superar diferencias cuando se siente unido alrededor de un mismo valor de trascendencia universal. Nuestra más cara aspiración en estas horas es que los pueblos del mundo prosigan cada vez más unidos a través de los mares y de los continentes, la incesante dura lucha por los mismos ideales y valores por los que Juan XXIII vivió y murió.

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Schaulsohn.

El señor SCHAULSOHN (poniéndose de pie).—Señor Presidente, en la tibia penumbra del atardecer romano, se ha extinguido suavemente, con la quieta serenidad que es privilegio de las almas grandes, la luminosa existencia del Pastor ilustre y humilde de millares de almas cristianas.

La grey desamparada clama con angustia por él, que ha partido en viaje irreversible.

Y tiene razón para llorarle.

Jamás en la historia pontificia de Roma, Jefe alguno de la Iglesia logró concitar junto a su acción universal, mayor número de voluntades, mayor adhesión espiritual ni más espontánea ni sorprendente colaboración que el Pastor de almas, auténtico y tangible, que fue el Papa Juan XXIII.

Muchos antecesores ilustres le precedieron, pero ninguno como él se adentró tan profundamente en el corazón y en la mente de los hombres, de las mujeres y de los niños de todas las latitudes de la tierra, de todas las razas, de todos los credos religiosos, pensamientos o ideologías.

Cristianos, católicos y no católicos; musulmanes y judíos; budistas o indúes; capitalistas y socialistas; creyentes y librepensadores; todos sin excepción han roto las barreras de las separaciones y las intolerancias. Se ha probado al mundo, por pueblos y gobiernos que es posible la comprensión y la solidaridad ante manifestaciones de nivel moral superior en que a los decires se une el actuar en consonancia. El hombre reacciona generosamente ante estímulos calificados.

La tolerancia y la fraternidad, removiendo prejuicios y rectificando tradiciones seculares, mostraron su superior sentido innovador y ejemplar. Llegó hasta modificar rituales, eliminando alusiones lesivas para creyentes discrepantes: los judíos e Israel, han reconocido este gesto fraternal y han orado en sus Sinagogas y le llaman "Juan el Bueno". La consagración de obispos de color, en trascendente ceremonia que nos tocó presenciar en el tercer año de su pontificado, demuestra la confirmación de las doctrinas antirracistas de las Encíclicas.

Nadie como él comprendió mejor y en toda su inmarcesible significación, la augusta misión que le estaba señalada en el acontecer de la Humanidad.

Lo instuía ya desde la jornada inolvidable de Sotto il Monte, en la noble humildad de la granja de Bérgamo, junto a la majestad silenciosa de los Alpes italianos.

Y esa noble humildad, que con su talento creador, constituyeron el único y más preciado patrimonio que recibiera de sus mayores, había de transformarse más tarde, al alcanzar él la más alta jerarquía eclesiástica de su Iglesia, en el fundamento indeleble de sus generosos anhelos de protección para los desamparados y para los humildes; de dignidad, de justicia y de igualdad para todos los seres que pueblan la faz de la tierra, y de una paz duradera entre todas las naciones del mundo.

Su modestia, la eliminación del protocolo excedido y del boato innecesario, lo

llevaron a dar audiencias masivas, a recorrer los barrios pobres de Roma y frecuentar, dando su aliento moral, a los sufrientes en cárceles y hospitales. El Papa en un mundo que empieza a vivir en igualdad y que la presente como felizmente inevitable, contribuyó a ello.

Cualquiera intervención nuestra, aún la más inspirada, que pretenda analizar en profundidad la vasta obra realizada por este eminente Pastor, o bien, juzgar su acción perdurable, ciertamente que ella habrá de ser magra o adolecerá de insuficiencia, por cuanto hasta hoy sólo nos ha sido posible apreciar los efectos benéficos inmediatos de tan espléndida obra, cuyas verdaderas y justas dimensiones serán, sin duda, valoradas en la plenitud de su alcance a través de la inequívoca perspectiva de la historia del mundo, a la que él ya se ha incorporado con la misma sencillez que orientó su vida.

Ahí están, en confirmación de este juicio, sus Encíclicas predilectas: "Mater et Magistra" y "Pacem in Terris", ambas admirables, que bastarían para realizar estudios exhaustivos de las doctrinas y principios que conforman su contenido histórico, social y político.

En una de ellas preconiza, con fervor de Pastor Epónimo, la fraternidad humana, la dignidad y la justicia. En la otra, dirigida a todos los hombres del mundo, se preocupa con inquietud y alarma del horror de la guerra y señala normas de convivencia para evitar el terrible flagelo de destrucción.

Ahí está la agobiadora organización del Concilio Ecuménico, que, por sobre separatismos ideológicos o religiosos, le inspiró su entrañable amor hacia la Humanidad, y que tiene como noble finalidad la abrogación de diferencias espirituales que permita establecer una paz duradera y justa entre todos los hombres de la tierra.

Supo él asumir la inmensa responsabilidad de interpretar la angustia y la inquietud creciente que vive la Humanidad,

y emprendió la abrumadora tarea de modificar cánones, tradiciones y prejuicios que parecían inmutables, para lograr un adecuado equilibrio entre las necesidades temporales de los hombres y su vocación sobrenatural.

Esta sola empresa, de tan trascendentes consecuencias, basta para explicar cabalmente la honda aflicción, la sincera amargura, la fría soledad que hoy atribulan a los hombres y mujeres de buena voluntad que saben perdido definitivamente a uno de los suyos, que supo guiar con paternal afecto, con delicada ternura y con ejemplar humildad, al rebaño que le reconocerá siempre como al Pastor insigne, al primero entre sus iguales, que no mostró desmayos ni flaquezas en su generosa y fraterna misión universal.

Su mensaje, para nosotros, debe ser que los hombres y las sociedades deben emplear todas sus energías en la lucha sin cuartel en favor de la dignidad humana y en contra de la ignorancia, el derrotismo y la desesperanza.

Que el hombre sólo puede vivir en plenitud cuando está bajo el amparo de la libertad, de la justicia, de la tolerancia, de la fraternidad y del goce del bienestar material, bases fundamentales en las que descansa todo intento de liberación espiritual a través de la cultura y del insobornable ejercicio del espíritu crítico y actitud racional frente a los problemas y hechos de la época presente.

Su mensaje debe ser para los hombres libres el tener una conciencia clara al actuar en una actitud espiritual de renunciamento, consagrándose, en cambio, a la noble y enaltecedora misión de dar mucho de sí sin esperar otra recompensa que la tranquilidad que en el alma produce el deber cabalmente cumplido.

Es por ello que los Diputados del Partido Radical, creyentes y no creyentes, compartimos, respetuosos y condolidos profundamente, el justo pesar que acongoja hoy al mundo cristiano —y pesar también al no cristiano— por la pérdida de su Jefe espiritual Su Santidad el Pa-

pa Juan XXIII, cuya trascendente actuación, estamos ciertos, habrá de conducir a la Humanidad toda hacia mejores normas de convivencia y hará más fácil la preservación de la paz entre los hombres de buena voluntad.

He dicho.

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Jerez.

El señor JEREZ (Poniéndose de pie).—Señor Presidente, el Partido Demócrata Cristiano concurre a este homenaje como un sector de chilenos entre todos los que, con plena razón y justicia, están rindiendo su testimonio de admiración por la vida y la muerte del Papa Juan XXIII, aunque para el hombre, el pastor gobernante que fue este gran Pontífice no habrá tributo que se iguale a la congoja abrumadora que, como una noche, se abatió sobre el mundo entero cuando se tuvo la certeza de su fin inevitable.

Este dolor de los hombres de todo origen, lugar y pensamiento, que acompañó paso a paso su agonía, mostró que la humanidad misma se sentía identificada con quien tendió su mano y amó a los hombres, creyentes y sin creencia, animado hasta el último instante de su existencia por el fuego del evangelio.

Por ello es que nuestro pueblo, dando muestra una vez más de su noble sentido de la grandeza, mira hacia Roma, sin diferencias de credo o de partido, comprendiendo que la muerte del Sumo Sacerdote Católico es la ausencia de un Padre y de un Jefe que amó verdaderamente a todos los pueblos, más que a su propia vida.

Hay algo misterioso en esta aguda percepción de los pueblos; en esta adivinación espontánea del amor y la bondad verdaderas. Frente a la muerte de Juan XXIII y a su larga y valerosa agonía podemos decir que hemos vivido la explicación evangélica de ese misterio, en las palabras de Nuestro Señor Jesucristo: "Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da la vida por sus ovejas".

Lo que ha visto el mundo en el fugaz pontificado de Juan XXIII es uno de esos hechos que tienen el poder de cambiar el curso de la historia y de abrir nuevos caminos al pensamiento y a la vida de los hombres. Desde hace ya varias generaciones una profunda crisis de renovación estremece al mundo católico, frente a los procesos revolucionarios de la historia moderna. Aunque jamás ha sido más firme y segura la unidad de la Fe, el encuentro con la ciencia y la tecnología, que hacen explosión sobre la vida humana, exigía una intensa reflexión y elaboración doctrinaria, y los trágicos problemas sociales, económicos e internacionales que torturan a la humanidad, clamaban por la proyección de los principios eternos sobre una realidad sin precedentes, en la cual el poder del hombre para el bien y para el mal; para el bienestar y para la miseria; para la libertad y la tiranía, para la paz y para la guerra, ha llegado a proporciones que resisten al esfuerzo de nuestra imaginación.

En medio de este proceso tempestuoso y acelerado, el pensamiento de los cristianos se ha abierto paso trabajosamente y la Doctrina Social de la Iglesia se ha formado como un nuevo cuerpo de enseñanza.

Desde León XIII, dos grandes guerras mundiales y revoluciones de proyección universal han expresado en sangre y en violencias indecibles la amenaza creciente que vive la humanidad.

Al desarrollo económico de las grandes naciones industriales corresponde el drama de una enorme y mayoritaria multitud que, en todos los continentes, se hunde en el subdesarrollo, la dependencia, la miseria y el resentimiento. Y esta mayoría no sólo crece abrumadoramente en su número, sino también en su aspiración de bienestar, en su lucha por la liberación de antiguas servidumbres y por una nueva dignidad igualitaria.

Todo un orden histórico de vida y de cultura cae en pedazos mientras los dos tercios de la humanidad sufren una cre-

ciente insatisfacción y frustración, y sus formas de vida social se hacen cada vez más inestables y sus perspectivas para el futuro más inciertas.

Este proceso se ha precipitado en nuestros días, en que la "Guerra Fría" amenaza constantemente una paz precaria con las armas científicas de una guerra apocalíptica, y en que un pesimismo creciente debilita el clamor de los pueblos que piden libertad, justicia y paz.

Porque el hombre de nuestro tiempo es un ser atemorizado, deprimido y claudicante ante la incertidumbre del destino de la humanidad que amenaza ser troncado por el hombre mismo. La mayoría de nosotros somos parte de una generación que sólo ha conocido guerras, cualquiera sea el nombre que se les dé, y que, aún propugnando desde distintas trincheras por lo que estimamos una causa noble y humana, a veces nos sentimos invadidos por la horrenda sensación de estar luchando en vano, porque la suerte del hombre se decide en otros lugares, al impulso de otras ideas, ajenas a lo que el hombre sin nombre siente como suyo.

El hombre común vive en la zozobra y desorientación por el espectáculo de líderes y gobernantes que hablan de paz y se arman para la guerra; que dice defender la igualdad y la convivencia fraternal y proscriben y persiguen a las razas, a las minorías y a las creencias de otros seres humanos; que levantan la bandera de la libertad y cercan sus dominios con muros, alambradas y leyes de restricción; que se erigen en campeones de la justicia y labran la prosperidad de unos pocos o de contadas naciones al precio de la esclavitud y el subdesarrollo cultural y económico de millones de seres errantes de la felicidad.

En estas circunstancias es cuando el mundo ha visto aparecer el genio trascendente de Juan XXIII.

Para los católicos y todos los cristianos, ha sido el intérprete de una angustia moral que se hacía intolerable y de una esperanza ardiente de renovación.

Para todos los hombres ha sido el anunciador de una nueva forma de vivir la historia, a través de la claridad en la mente, la cordialidad en la convivencia y la solidaridad comunitaria en el esfuerzo por el progreso y por la paz.

Sus Encíclicas "Mater et Magistra" y "Pacem in Terris" dejan el testimonio de una doctrina que llega a su plenitud y que organiza los ideales de libertad, de igualdad y de justicia en una visión orgánica e integral de la vida humana en comunidad, en solidaridad y cooperación en todos los planos y aspectos de la actividad. Comunidad solidaria y cooperación en la familia, en el vecindario, en la ciudad, en la nación y en el mundo; comunidad solidaria en la empresa industrial o comercial y en la tierra. Cooperación sin reservas y comunidad solidaria en la vida internacional económica y política.

Sin embargo, su enseñanza y su acción de gobernante y Sumo Sacerdote no son todo ni justifican la importancia histórica de este hombre que ha asombrado al mundo.

¿Cómo explicar su inmenso ascendiente alcanzado sobre la humanidad y el fenómeno —inexplicable en el mundo de hoy— de que todos los sectores se hayan conmovido tan hondamente con su muerte?

¿Cómo comprender esta unanimidad producida en torno a un cristiano justo que luchó por aproximarse a los hombres con amor y comprensión?

¿A qué atribuir el hecho innegable de que la elevación de su magisterio en el concierto de los pueblos, lo había convertido, de hecho, en el árbitro moral de los conflictos de las naciones y tendencias, hasta el extremo de tener su palabra más acogida en los bandos que la de los propios jefes de las potencias que los encabezan?

Una vida aureolada de genio y de pasión como la suya puede proporcionar una y mil respuestas a estas interrogantes.

Quizás si quienes añoran reencontrar

en los hechos de los hombres el destello de lo heroico, puedan hallarla en una vida que, como la suya, fue de un héroe. Este hombre era un santo y nada se aproxima más al heroísmo que la santidad.

Para otros, Juan XXIII evoca la imagen religiosa por excelencia: la del pastor. El mismo nos dijo que sólo era un pastor. No era la ciencia, ni la filosofía, ni la política lo que iba a tocar a los hombres. Era el pastor y, a través de él, las cosas de Dios y Dios mismo se hicieron más reales, más tangibles para todos.

Como pastor quiso cobijar en un solo albergue de comprensión y solidaridad a todos los seres humanos. Todos fueron sus hermanos. Lo fueron los judíos, a quienes expresó su respeto. Lo fueron los demás cristianos, marginados de la Iglesia, a quienes, lejos de anatémizar, llamó "hermanos separados". Su acción no se dirigió a condenar sino a aproximar.

Celoso defensor de la fe, quiso expandir la verdad por el ancho cauce de los hombres, pueblos y creencias alejadas de la Iglesia, haciendo patente que la idea cristiana no está circunscrita a continentes o hemisferios; ni puede ser tampoco confundida con regímenes políticos y que, por el contrario, su impulso evangelizador y el amor que la animan le confieren un poder de convicción que no reconoce fronteras ni en las almas ni en los tiempos ni en las regiones.

Nunca en la época contemporánea el prestigio de la Iglesia alcanzó mayor altura entre sus adversarios y no creyentes, y para todos nosotros constituye una gran enseñanza el que este hecho alentador haya ido paralelo con la acción de un Pontífice, en cuyas obras y enseñanzas no se encuentra ni el atisbo de una actitud sectaria o negativa de un "anti". Por el contrario, ellas estaban orientadas a presentar la verdad cristiana como una vigorosa afirmación compenetrada de una sobrenatural confianza en su propio poder, en su propia fuerza.

Por ello buscó el diálogo aún con quienes parecían más opuestos, convencido

de que en un mundo desarticulado por la desconfianza y el temor mutuo, alguien debía decir la primera palabra auténtica de comprensión, que facilitara el entendimiento de quienes, aunque pensando de diferente manera, están sin embargo fatalmente constreñidos a convivir en el primer hogar que Dios puso a disposición del hombre: la tierra toda.

Y en este esfuerzo por lograr un acercamiento entre los hombres, no se dejó obstruir por ninguna clase de consideraciones que pudieran entorpecerlo, fueran políticas, estratégicas, ideológicas o las que las gentes temerosas confunden con la prudencia, llegando hasta la audacia y reivindicando para la labor de los cristianos un lugar de vanguardia, después de mucho tiempo en que éstos se encontraban a la zaga de los acontecimientos que estaban dando nueva forma a la sociedad e impulsando el progreso de los pueblos.

"La Iglesia —señaló el Pontífice— es madre y maestra de todos los pueblos". El iluminado por el sentido profundo de su pontificado, como fue la paz y la solidaridad humana, cuidó de preservar esa condición superior de la Iglesia, que emana de su esencia sobrenatural, elevándola con sabiduría por sobre las contingencias de los tiempos y las alternativas políticas que gobiernan el acontecer de las naciones.

Pastor prudente y estadista visionario, Su Santidad Juan XXIII sabía en que la Roca de Pedro será asistida hasta la consumación de los siglos; que el tiempo sepultó en el olvido a quienes usaron con ella de la injusticia. Y, lo que más importa, tenía fe en que el hombre no permanece inevitablemente en el error, que aún en el afán de quienes parecen buscar las cosas nuevas con odio hay un germen de amor y que, quizás entre aquellos que hoy aparecen como sus más irreductibles adversarios, se halle una semilla de resurrección espiritual por su condición de hijos de Dios.

Para un mundo acostumbrado a obser-

var el fenómeno de endiosamiento y vanidad que se apodera de muchos hombres modestos que llegan a situaciones de preeminencia, la vida de Juan XXIII constituye un señalado ejemplo.

Si difícil es armonizar el poder en la modestia, hermanar el poder y la gloria con la santidad es tarea que sólo puede ser cumplida por un espíritu verdaderamente excepcional, tal como el hombre y el sacerdote que fue Juan XXIII.

Nació y se crió pobre y habiendo alcanzado todas las dignidades que la Iglesia reserva a sus hijos más excepcionales, sobrellevó su grandeza con el mismo espíritu de los grandes santos que ha conocido el mundo, dando siempre, con espontaneidad cautivadora, testimonio de su afinidad con los humildes, entre los cuales se contaba, y no permitiendo que nada lo apartara de ese camino que recorrió con auténtica alegría.

Observando su vida es fácil percibir que esta solidaridad con los pobres no tenía un contenido puramente afectivo. En sus monumentales Encíclicas "Mater et Magistra" y "Pacem in Terris", señaló con énfasis la necesidad imperiosa de restablecer a los hombres de trabajo, a los proletarios, en su dignidad despreciada por el lucro y la injusticia social, liberando a millones de hombres, mujeres y niños de su condición infrahumana, porque así lo exigía un ordenamiento social como lo preconiza el cristianismo.

Para él "la riqueza económica de un pueblo no consistía solamente en la abundancia total de los bienes, sino también, y más aún, en la real y eficaz distribución según justicia, para garantía del desarrollo personal de los miembros de la sociedad, en la que consiste el verdadero fin de la economía nacional".

Para quien fuera llamado con justicia "El Papa de los humildes" el carácter preeminente del trabajo frente al capital constituía un paso hacia adelante en la civilización humana.

No cabe asombrarse entonces de que un Pontífice que tenía una aguda per-

cepción del laudable fenómeno que representa la ascensión del proletariado —inevitable como realidad histórica— a los niveles superiores de la cultura, la riqueza y el poder, con la sinceridad y el coraje moral que lo caracterizaban, haya expresado al Senador chileno Eduardo Frei, en los últimos días de su existencia, que por los mismos peldaños por los cuales en otros tiempo escalaban los nobles y los poderosos le sería dado presenciar el ascenso del pueblo en gloria y majestad.

En gran medida, el mérito de un ejemplo tan preclaro de sencillez y amor a los desposeídos corresponde a la Iglesia, a la que debió todo, porque acogiéndolo desde su humilde origen lo hizo el primero de sus contemporáneos y uno de los hombres que gravitará con su vida y sus enseñanzas en el porvenir del mundo.

El tiempo dará pruebas de que Juan XXIII fue un hombre providencial para la humanidad y para la creencia cristiana.

Colocado en una encrucijada de la historia, reconcilió la doctrina de la Iglesia con conceptos, con los que, como la socialización, aquella parecía en irrevocable antagonismo, clasificándolos y purificándolos de todo lo que pudiera contener de contrario a la fe o a la moral social, o a la dignidad del hombre.

Por otra parte, supo colocar a los cristianos, a través de su dirección como Pontífice, en la primera línea de la preocupación por problemas como la cooperación científica, técnica y financiera; el incremento demográfico y desarrollo económico; la colaboración en el plano mundial; los problemas del mundo del subdesarrollo; el desarme, la estructura y funcionamiento de los poderes públicos; las relaciones entre las comunidades políticas y la cooperación de todos los seres humanos para obtener y preservar la paz.

Entre muchas otras materias, las anunciadas están, por sobre todo, señalando como hecho fundamental la enorme capacidad del Pontífice fallecido para compren-

der los más trascendentales problemas de la hora presente y para incorporar el pensamiento de la Iglesia a la búsqueda de su solución.

Finalmente, podemos decir que el espíritu de su acción se encarna en una vida cuyo signo es la sencillez y la alegría. Porque, aun cuando el dolor marcó su agonía en forma no común, podemos decir que lo vimos alegre incluso cuando marchaba hacia la muerte.

Desde las múltiples y amables anécdotas de su vida diaria, salpicadas de dichos y ocurrencias chispeantes, de humor bondadoso, hasta ese abrazo con que consoló a sus hermanos mientras murmuraba: "Yo soy la resurrección y la vida", todo nos habla en Juan XXIII de un gran corazón sonriente, de un gran amor que se expresaba en mil maneras. En las mil maneras que los hombres necesitan y esperan el amor: en gestos prácticos, en alegrías, en solemnes bendiciones, en doctrinas decisivas, en aceptación valiente del dolor hasta la muerte.

Así nos dio lo más valioso de su Mensaje inolvidable. Es cierto que el mundo sólo puede salvarse por la justicia, por la libertad y por el reconocimiento eficaz de la igual dignidad de todos los hombres. Es verdad que nada de eso es, realmente posible, sino mediante la aceptación responsable del sentido universal de la comunidad humana, de la solidaridad y de la cooperación, que colocan toda superioridad al servicio del bien común.

Pero también es cierto que la solidaridad y la cooperación entre los hombres no llegarán nunca a producir su completo y verdadero fruto sin un amor generoso e incondicional; sin un amor práctico, claro y valeroso; sin un amor que no reconozca otra preferencia que la de los más débiles y humildes; sin un amor abnegado y esclarecido capaz de ordenar la vida, para poner al mundo y los bienes de la civilización al servicio de todos los hombres, y para abrir a todos la suprema e inviolable dignidad de la libertad y del espíritu.

Es esto lo que ha visto el pueblo y lo

que ha recibido el tributo de su consternación impresionante y de sus lágrimas; es esto lo que hemos visto nosotros, a quienes el ejemplo del Pontífice nos señala una nueva dimensión de nuestra responsabilidad.

Este es el Mensaje realmente universal de Juan XXIII, lo que hace inclinarse ante sus restos a los poderosos de este mundo; mensaje que no está dirigido sólo a los católicos, ni sólo a los cristianos, ni sólo al Occidente, sino a todos los hombres del mundo.

Su Santidad Juan XXIII nos demostró que la bondad humana y el amor pueden organizarse en doctrinas; que la cordialidad en la convivencia y en la buena voluntad pueden resolver los problemas del hombre; que, sin renunciar a nuestras convicciones religiosas, ideológicas o políticas y sin abandonar las luchas que nos separan, podemos concurrir sin odios, sin mezquindades, por nuestros propios caminos, al bienestar de todos y no sólo al bienestar, sino a la paz, a la justicia y a la libertad de todos; y que antes un hombre que irradiaba la verdad se derrumbaban los antagonismos, que parecen más irreductibles, y aún los hombres más lejanos a su pensamiento rinden el tributo de la admiración, que nace de una vida santa y de una muerte heroica.

Participes conmovidos de la tristeza que domina al mundo entero, como cristianos sentimos acrecentarse nuestro dolor por la desaparición del Pontífice que, a través del Concilio Ecuménico, junto con promover la reconciliación y unidad de todas las confesiones cristianas, impulsaba, en el seno mismo de la Iglesia, una transformación, cuyas perspectivas son difíciles de prever en toda su magnitud.

Creemos que un Pontificado más extenso de Su Santidad Juan XXIII, iba camino de poner fin a aquello que uno de sus predecesores llamara el "gran escándalo del siglo": el alejamiento de las masas proletarias de la fe cristiana. Quizás si nunca antes un Pontífice logró pene-

trar tan profundamente en el alma y en el amor de los pueblos.

Colocado junto, o por sobre las más insignes figuras de la Iglesia del pasado, las dimensiones y perspectivas de su gran obra lo señalan, desde ya, como el Papa del porvenir.

Por ello es que acatando la exhortación de nuestro Cardenal, el Jefe de los católicos chilenos, rogamos para que aquél que le suceda en la cátedra de San Pedro sea un digno continuador de tan gigantesca tarea.

Sí, rogamos a Dios para que el próximo Pontífice vaya por la misma senda abierta por el Papa Juan XXIII; para que, avanzando por ella, la Iglesia de ayer y de hoy y eterna, sin excluir a ningún hijo de Dios, sea ante toda la Iglesia de los humildes, herederos de los esclavos del cristianismo primitivo; para que, sin excluir a ningún hijo de Dios, la Iglesia viva preferentemente para los pobres y de la caridad inagotable y evangélica de los pobres; para que la Casa de Dios sea igualmente bella y acogedora, en cuerpo y en espíritu, allí donde moran los humildes y allí donde moran aquellos con quienes la vida ha sido generosa, y para que, sin excluir a ningún hijo de Dios, y animada de su amor evangelizador y universal, la Iglesia continúe extendiendo su mensaje de verdad, de paz, de solidaridad y comprensión a todos los credos, a todas las ideas y a todos los mortales.

Hacia este horizonte luminoso para la cristiandad y el orbe dirigía su mirada la gigantesca figura, cuya desaparición ha oscurecido estos días de nuestra existencia. Pero no viviremos eternamente lamentando su partida, porque quien sabe si en los inescrutables designios de Dios estaba el que este gran hombre nos dejara, en este instante, para que su vida y sus enseñanzas refulgeran con mayor intensidad.

Que nuestra meditación sobre esta ardiente esperanza y la responsabilidad que ella significa para todos los cristianos y hombres de buena voluntad, sea nuestro

mejor homenaje a la memoria de Su Santidad Juan XXIII.

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Leyton.

El señor LEYTON (poniéndose de pie).—Señor Presidente, un profundo sentimiento de dolor y de tristeza, recorre, en estos momentos, los ámbitos más apartados del mundo, independientemente de las creencias religiosas, doctrinas políticas o filosóficas, o de los diferentes regímenes políticos en ellos imperantes. Ha muerto Su Santidad el Papa Juan XXIII. Y este sentimiento mundial no es extraño ni sorprendente; mejor dicho es el producto de la semilla que él sembrara, con esa extraordinaria calidad humana que poseyó, no sólo durante su reinado papal, sino también a lo largo de toda su existencia. Por eso, su fallecimiento ha producido un sentimiento de pesar universal.

Juan XXIII se ha ganado un lugar de privilegio en el campo histórico y en el respeto, admiración y cariño de sus contemporáneos y de las generaciones venideras.

Señor Presidente, son de extraordinaria importancia las enseñanzas y preceptos que el Sumo Pontífice nos legara, especialmente a través de las Encíclicas "Mater et Magistra" y "Pacem in Terris", documentos de plena vigencia y poseídos de gran vitalidad humanística. Pero debo hacer presente que ellas constituyen la expresión de la gran personalidad y del carácter del campesino de la aldea de Sotto il Monte, que fuera, justamente, exaltado a la primera jerarquía de la Iglesia.

Pocas veces ha sido dable conocer, a personas tan llenas de grande y sincero cariño por sus semejantes; de profunda e inquietante preocupación por los problemas que afectan y regulan la existencia de los hombres; de llaneza y simplicidad meridianas, del afán de defender a los humildes y a los desvalidos; de tolerancia y comprensión ilimitadas; de impulsor de las artes y la ciencia; de cruzado en la

defensa de los derechos de los trabajadores; para ir a la eliminación de los privilegios, y, de Príncipe consciente y fervoroso de la paz mundial.

Los Diputados de estas bancas, pertenecientes al Partido Democrático Nacional, —la mayoría de ellos católicos— no podíamos dejar de sumarnos al dolor y homenaje público de respeto, cariño y admiración que la suma de estas cualidades nos han merecido.

El Papa recientemente fallecido, fue un hombre que no tuvo miedo, ni temor, de enfrentarse con los problemas que la época moderna nos plantea; su reinado no fue estático ni pasivo, como muchos pensaron cuando fue electo. Por el contrario, su constante preocupación fue revalidar y reactualizar los principios cristianos, colocándolos más dentro de la comprensión de los hombres de la era moderna.

Su extracción de un medio campesino de Italia le permitió tener un profundo conocimiento de la vida de los trabajadores, de los que producen la riqueza social, quienes le merecieron una preocupación constante, durante toda su vida.

En "Mater et Magistra", su primera Encíclica, continuando la orientación impuesta por sus antecesores, se manifiesta, categóricamente, por la necesidad de que las relaciones entre los trabajadores y sus patronos estén reguladas por normas verdaderas de justicia y equidad y por salarios justos que permitan a los primeros satisfacer sus necesidades y tener pleno acceso a todas las posibilidades que la vida moderna brinda al hombre de hoy. ¡Qué formidable lección! Lástima que, en muchos lugares, aún estos principios no han sido comprendidos.

En nuestra propia Patria, a diario conocemos casos —especialmente en el campo— de patronos, reconocidos por sus públicas profesiones de fe, que pagan salarios miserables a sus trabajadores y los mantienen en condiciones de vida verdaderamente subhumanas.

A lo largo de su vida entera tuvo como

meta la dignificación del hombre y la humanidad.

Muchas naciones de larga y rancia tradición histórica, debieran tener en cuenta sus manifestaciones contra el colonialismo, expresadas en "Mater et Magistra" y, posteriormente, desarrolladas en su última Encíclica "Pacem in Terris". Pero no sólo el colonialismo, vergonzosa lacra de este siglo de la era espacial, mereció su condenación, sino también el imperialismo moderno, a través de sus múltiples acciones, especialmente la exacción en los países menos desarrollados, mereció su desaprobación.

El ilustre desaparecido agregó a sus méritos relevantes el hecho de haberse manifestado como celoso defensor de la dignidad, independencia y del derecho de cada comunidad a regir sus destinos, de acuerdo a sus propios deseos y conciencia, condenando abiertamente las intervenciones extrañas a ellas. Sin embargo, aún la "libre determinación de los pueblos", bella y hermosa frase, no ha logrado tener plena vigencia. Al respecto, cabe recordar la actitud de una poderosa Nación que, no hace mucho tiempo, quiso desconocer— como estaba acostumbrada a hacerlo desde el siglo pasado— los plenos y legítimos derechos de una república de este Continente Americano.

Su Santidad señaló que uno de los puntos de partida de las relaciones entre las naciones y los hombres que las componen, estaba constituido por la desaparición de todo rastro de racismo; que no era posible que las relaciones de los hombres y naciones fueran cordiales, justas y dignas, si en ellas las diferencias raciales no desaparecían. Y, en este sentido, debemos lamentar que, en muchos lugares de la tierra, todavía existan estas odiosas discriminaciones entre los hombres, que impiden un clima de fraternidad verdaderamente cristiano.

Sin embargo, a pesar de los méritos indudables que su posición tuvo con relación a los problemas señalados anteriormente, quizás tengan mayor trascenden-

cia y una importancia capital, sus manifestaciones de absoluta condenación de la guerra, junto a sus esfuerzos por contribuir a la paz mundial.

Probablemente, pocos Papas hayan justificado más su título de "Príncipe de la Paz". En un problema de extraordinaria complejidad como éste, el Sumo Pontífice no vaciló en señalar proposiciones concretas sobre la materia valaderas para todos los cristianos. Señaló la necesidad de disipar las dudas, las reservas, de hacer concesiones y de que las negociaciones para evitar la guerra fueran inspiradas por el amor y no por el odio. Hizo presente, en forma concreta la destrucción horrible que produciría una guerra de exterminio, con todos los medios modernos que ha producido la ciencia de la guerra. Por eso, no vació en pronunciarse, decididamente, por el desarme mundial. Puso de relieve la necesidad de destinar las inmensas sumas que se dedican a armamentos a satisfacer las necesidades espirituales y materiales de los hombres.

En su actitud personal, el Santo Padre siempre se manifestó partidario de eliminar las diferencias sociales que imperan entre los hombres. Conocidas son sus relaciones con los trabajadores, entre los cuales tenía numerosos y queridos amigos. Desde su alto sitial, no tuvo actitudes aristocráticas, como algunos de sus antecesores. Tadas las puertas estuvieron abiertas, durante su período papal.

Su Santidad no sólo se limitó a dar su opinión acerca de los problemas más candentes de la época, pues también señaló la necesidad de que la cristiandad se ajustara a estas normas de conducta. En su primera Encíclica expresa de que sólo es necesario que se reconozcan los derechos de los hombres, sino también que se adopten las medidas prácticas para su ejercicio.

Finalmente, es necesario detenerse en uno de los aspectos más extraordinarios de la personalidad de Juan XXIII: su tolerancia, inspirada en una generosidad y grandeza de alma extraordinarias; su res-

pecto por las opiniones ajenas; su fervor en el hombre y la seguridad de que él puede enmendar las opiniones erradas, y, su llamado a los gobernantes del mundo para resolver sus problemas en un clima de tolerancia y respeto mutuos.

Su gran realización, el Congreso Ecueménico Vaticano II, obedece, justamente, a este espíritu de tolerancia con respecto a las demás doctrinas religiosas, y está inspirado en la necesidad de unir a los cristianos, en la solución de los problemas más trascendentales de esta era.

Pero su tolerancia, no sólo se manifestó en el terreno puramente religioso, sino que señaló también la posibilidad de que los católicos y cristianos, en otros planos de la actividad de hombre, podían desarrollar acciones conjuntas con organizaciones o personas pertenecientes a otras corrientes filosóficas, que tuvieran como inspiración, la solución de problemas prácticos. Su única condición, para ello, era la prudencia, a su juicio, suprema reguladora de las relaciones de los individuos.

Los Diputados del Partido Democrático Nacional estimamos que las enseñanzas y preceptos que el difunto Pontífice nos legara, tienen plena vigencia en el momento histórico en que vivimos; que Su Santidad las planteó, porque son problemas efectivos de la época, en cuya solución los cristianos tenemos la obligación de participar. Por tal motivo, creemos que el homenaje más sincero que se pueda rendir a Su Santidad, lo constituyen, no los discursos que aquí se puedan pronunciar, sino que la conducta que adoptemos con relación a los postulados y lecciones magistrales que Juan XXIII nos legara. En este sentido, su manifiesta preocupación por la mantención de la paz, su respeto por la libre determinación de los pueblos, su denuncia intransigente del colonialismo y el racismo; su respeto por los adversarios ideológicos y su preocupación constante por el bienestar material y espiritual de las comunidades y sus individuos, merecen nuestro más decidido y franco apoyo.

He dicho.

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—Tiene la palabra el Honorable señor Zepeda Coll.

El señor ZEPEDA COLL (poniéndose de pie).—Señor Presidente, Honorable Cámara:

Una sensación inmensa de pequeñez se siente cuando se tiene la audacia de levantar la voz para rendir homenaje al más grande hombre de la época contemporánea. Más aún, señor Presidente, en el caso del Diputado que habla, que no fue capaz de reducir a escrito lo que debió haber dicho en esta ocasión y que, tal vez, se encuentre en terribles dificultades para poder expresar, verbalmente a lo menos, sus sentimientos y sus palabras de homenaje para Su Santidad.

El Papa Juan XXIII murió amado y comprendido, porque supo amar y comprender con la intensidad propia de quien hizo del amor y de la comprensión el evangelio de su vida. Mientras duraba su larga agonía, se oía el clamor de todos los creyentes que esperaban un milagro. No podían comprender el inevitable designio de la Divina Providencia que quería arrebatarse la vida al Sumo Pontífice. Pedían un milagro para que la salud volviera al Jefe de la Iglesia Católica. Ese milagro no se produjo, pero sí hubo otro, tal vez más grande y de mayores proyecciones que el que la humanidad entera pedía.

La agonía primero y la muerte después del Papa Juan XXIII, tuvieron una poderosa virtud: sirvieron, tal vez por primera vez en la historia, para hermanar a todos los hombres de todas las creencias y de todas las ideologías en los mismos conceptos de solidaridad y dolor. Esa agonía terrible, señor Presidente, en la cual el martirio físico se ensañó en Su Santidad, tuvo otro efecto aún mayor: fue una agonía vivida físicamente por Su Santidad, pero vivida moralmente por todos los hombres.

Toda la humanidad sufrió; toda la humanidad aprendió, quizás por vez prime-

ra en la historia, lo que era comprensión y solidaridad. El sol, al recorrer la tierra, al ponerse en los océanos, mares y montañas, encontró sentimientos de dolor y de solidaridad, y al nacer en el oriente de otras comarcas y de otros territorios, también encontró ese mismo sentimiento de dolor y de solidaridad en otros hombres y en otros pueblos.

Vemos, señor Presidente y Honorable Cámara, cómo, a la faz de la tierra, en las sinagogas de Palestina y de otras partes del mundo, en las mezquitas musulmanas, en los templos de Buda y de Khrisna, en las iglesias protestantes y en las católicas, es unánime la plegaria hacia el Altísimo en favor de quien tanto bien hizo a la humanidad, porque la comprendió y supo amarla.

Señor Presidente, Juan XXIII fue el Papa del mundo moderno. Como ya se ha dicho en esta Honorable Cámara, supo comprender y amoldar a la contingencia de la hora presente la manera de actuar de la Iglesia Católica. Armonizó los dogmas y los principios fundamentales e inmutables de la religión con lo temporal, con lo que cambia, porque se dio cuenta que esa era la única manera como podía permitir la solidaridad y facilitar el afecto común de los hombres.

Fue sencillo; sencillez que mantuvo incluso cuando ocupó el más alto sitial en la tierra, cuando fue Vicario de Jesucristo, al que imitó en la bondad y en la sencillez. Y, una vez más, se comprobó en su persona lo que ha sucedido desde hace dos mil años: que no es necesario el abolengo ni el señorío para poder hacer una labor de efectos duraderos en el Pontificado.

Juan XXIII llegó a la Cátedra de San Pedro después de haber nacido en un modesto hogar de campesinos, en una pobre aldea en el norte de Italia, y no olvidemos, al recordar este hecho, que el Divino Maestro cuando tuvo que buscar al Jefe de su Iglesia, no fue tras Anás ni Caifás al Templo de Jerusalén, ni tras ningún otro destacado rabino de algún otro templo de Pa-

lestina, sino que se dirigió a las orillas del mar de Galilea, en donde encontró a un humilde pescador, a quien designó jefe y piedra angular de su Iglesia: "Tu es Petrus et super super hanc petram a edificabo Ecclesiam meam, et portae inferi non praevalerunt adversus eam".

No importó al Divino Maestro la humilde condición de quien fuera el primer Jefe de la Iglesia, ni la de quienes fueran después de muchos de sus sucesores. r

Señor Presidente, el legado de Juan XXIII es de un contenido majestuoso. Cuando agonizaba, la Humanidad entornó sus ojos hacia el sitio del holocausto, que era un pobre catre de madera en una de las salas del Vaticano, donde lentamente se extinguía su preciosa vida. En medio del sufrimiento, ofreció su vida por la unidad, por la comprensión de los pueblos y por una permanente y duradera paz entre las naciones. ¡He ahí su legado y su herencia!

Señor Presidente, esperamos con toda humildad que los designios de Dios den nuevamente a la Iglesia un Jefe que pueda continuar la labor de Juan XXIII y que sea capaz de realizar empresas, como el Concilio Ecuménico convocado por él, tan maravilloso y tan diverso de lo que fueron muchos otros Concilios de la Iglesia, como el de Nicea, de Efeso, de Calcedonia, de Constanza, de Trento.

En efecto, señor Presidente, en el Concilio Ecuménico convocado por Su Santidad Juan XXIII no se condenó a ningún Arrio, a ningún Nestorio, a ningún Eutiques, a ningún Huss, a ningún Lutero; no hubo anatemas ni maldiciones, sino palabras de amor y bendiciones para todos los pueblos militantes y adeptos de todas las creencias y todas las religiones.

Honorable Cámara, dentro de la modestia y la sencillez de las palabras que esta mañana he pronunciado en nombre del Partido Liberal, yo quisiera terminar diciendo que, junto con este dolor que embarga a la Humanidad entera, existe también la esperanza de que este sacrificio de Juan XXIII no va a ser inútil, sino que servirá de iniciación y de comienzo a una nueva etapa de paz, porque, al dejarnos este legado, el Sumo Pontífice tuvo muy en cuenta las palabras que pronunció el Angel, el día más grande de la Cristianidad, al dar al mundo la nueva que había nacido el Redentor: "Gloria in excelsis Deo in terra pax hominibus bonae voluntatis."

El señor MIRANDA, don Hugo (Presidente).—Se levanta la sesión.

—*Se levantó la sesión a las 12 horas y 43 minutos.*

*Crisólogo Venegas Salas,*  
Jefe de la Redacción de Sesiones.